

la vaga sensación de melancólico cansancio que le iba ganando.—Cogió el volumen de *Les fleurs du mal*, de Baudelaire. Lo conocía mucho y lo entendía poco. Era demasiado, para el momento. No; él quería algo más suave, más aterciopelado: algo que reflejara la tristeza elegante, la vaga *nonchalance* que sentía, y que, a su modo de ver —extranjero por una noche de saturnal con gente del *otro mundo*—, le hacía semejarle ni más ni menos que a cualquier héroe de novela moderna.—Cayó por fin en sus manos un libro de la condesa de Noailles. Con él se derrumbó en el amplio diván que a la vera de la mesa estaba, y encendiendo un cigarrillo egipcio, empezó a volver páginas y más páginas.

*Le visage de ceux qu'on n'aime pas encor  
Apparaît quelquefois aux fenestres des rêves  
Et va s'illuminant sur de pales décors  
Dans un argentement de lune qui se lève...*

Pasaron, fugitivamente, sensaciones de perfumes, de juventud, de besos, de inquietos deseos, de mañanas luminosas... Rhodocleia fue mordida por el beso de Hylas. Kypris, la diosa de la «sonrisa innumerable», recibió la ofrenda de hierbas olorosas. Sonó, enérgicamente modulada, la *Canción del tiempo oportuno*. Y, de súbito, enervado, Jorge Bazán dejó de leer. Entrecerró los párpados. Como casta fragancia, evocaba la palabra oída: «¿Vendrás?» —Se acordaba de su novia; de la por tantas horas olvidada.

Julia Bringas representaba para él un momento honesto de su vida: aquel en que hastiado de placeres, abrumado por el vacío que le rodeaba, con la angustia de estar solo, después

de una breve enfermedad que tuvo, aspiró a construir, a ser una unidad útil en el núcleo social.

Ella se presentó a sus ojos de pronto, como aparición ansiada. La conoció en la calle. Cautivaronle sus grandes ojos serenos; su nariz, que recordaba, con aproximada justeza, el perfil griego; su boca, de labios angélicos; su cuello cisneo; su combada frente, sobre de la cual caía la onda de pelo castaño, y sus cejas arqueadas, con nobleza de pincelada breve. Pero lo que más llamó su atención —con ser el rostro de la muchacha de una de aquellas hermosuras recónditas que sólo mirándolas muy despacio se llegan a reconocer como tales—, fué el porte, de virginal modestia. Era mediana de estatura y delgada. Vestía de blanco, y llevaba un sombrero de listones rosa.— Como el encuentro entre ambos se verificaba diariamente a la misma hora, en las calles de Santo Domingo, y la mocita jamás dejó de traer libros en la mano, bien supuso él que se trataba de una estudiante.

Siguió sus pasos; averiguó su nombre... ¡Qué larga conquista! Dejaba correr las noches ante las ventanas de la ingrata. La escoltaba dondequiera que fuese. De buenas a primeras, y con gran asombro de sus camaradas de gorja, el joven abogado se transformó en un colegial enfermo de mal de amores.—Pero ella, ¡ni una mirada, ni un gesto revelador! —Al fin Bazán se hizo presentar con la familia. Julia era una señorita seria y recatada; casi hermética.— Batalló grandemente; hasta que cierta ocasión, en un día de campo, en Xochimilco...

¿Y qué había sido de aquel ensueño? ¿Qué de los propósitos acariciados en horas de convalecencia moral? Tras de luengo noviazgo —contaba éste dos años—, aún continuaba el allí,

33429

firme en sus solteriles andanzas, derrochando el resto del menguado patrimonio, sin porvenir, sin nombre, sin fortuna, sin haberse trazado siquiera un programa formal para lo futuro...

Sintió náuseas de sí mismo.— Eran muy comunes en Jorge estos infantiles arrepentimientos.— Pero hubo de tranquilizarse a la postre, compadecido de su flaqueza para intentar una obra de saneamiento espiritual importante. Y él en persona se consoló, diciendo: —«¡Es menester que te enmiendes, Jorgito!...»

Cuando Ochoa, a eso de las tres, vino a preguntarle si comía en casa, lo encontró dormido.

## VI

El matrimonio de su padre hirió a Julia Bringas en lo más vivo del alma. Y no precisamente en razón de que la elegida, por su calidad y origen, así como por su situación en el momento de tomar estado, estuviese muy lejos de agradarla; sino antes bien porque el tal enlace significaba a sus ojos una evidente falta de respeto a la memoria de su madre.

No hacía seis meses que la hija única había quitado de sus atavíos el último crespón, y ya el viudo, en el tramonto de la existencia, se preparaba a revestir de blanco el altar nupcial, y a llenar con una desconocida el hueco que en el hogar dejó la muerta.

El notición cayó fulminante, como un rayo. Desde el fallecimiento de doña Engracia, había venido de Lagos la tía Amelia, pronta a consolar la desdicha de huérfana y cuñado. Reiteradas instancias de la primera habíanla decidido

a abandonar su retiro provinciano, y compartir bondadosa la vida de quietud y de silencio que en la enlutada mansión se hacía. Y sucedió que una noche, hallándose los tres en el comedor, de sobremesa, don Miguel anunció a sobrina y tía que iba a casarse. Si en momento semejante se hubiese desatado un huracán sobre la casa, llevándose los techos, no fuera mayor el espanto que tan congojosa nueva produjo en las dos mujeres.

Al espanto siguió la amargura, cuando declaró don Miguel que lo tenía arreglado todo, que todo lo había pensado bien, y que de allí a ocho días daría mano de esposo a la señorita Sofía Lavín.

—¡A tu taquígrafa!—gritó, azorada, Julia.

Arrugó el ceño don Miguel Bringas, observando el tono y maneras con que su hija, de ordinario tan respetuosa y sumisa, le hablaba. Afianzó los lentes en la nariz; llevóse luego, nervioso, la mano a las grises patillas, y repuso, con sequedad:

—A la misma.

No ocurrió más.

Al día siguiente, cuando se levantaba, después de una noche de insomnio y pesadilla, Julia se preguntó si lo acaecido no sería más bien producto de lúgubre sueño, que no realidad viva y cruel. Era aquel el primer momento grave de su vida; negra amenaza se cernía, en el horizonte hasta ayer puro y tranquilo. Y volvió los ojos al pasado. Una figura lo llenaba todo, dulce, resignada, inteligente, fuerte: la de la santa señora que la había dado el sér.

Hija de un francés venido al país con el Ejército de la Intervención, el cual francés no siguió en su retorno a las banderas napoleónicas, fué doña Engracia Saussay. El francés arraigó y formó hogar en tierra mexicana, es-

tableciéndose y casándose en Lagos con señorita de regular acomodo. Mediante los dineros de la mujer y la fortaleza y habilidades que para el trabajo tenía don Mauricio Saussay—el cual, entre paréntesis, se preciaba de excellentísimo cocinero, digno émulo de Récamier—, llegó a hacer el matrimonio considerable fortuna. Era en aquel entonces la cabecera del segundo cantón de Jalisco lugar propicio para labrarla, por converger en él varias de las más importantes carreteras que a los emporios comerciales de la República conducían. Había allí gran rejuego de mercaderes y arrieros. Salían diligencias para Guadalajara y México. Los señores del lugar acumulaban riqueza con carros y «atajos». Y Saussay —que no era lerdo y se chupaba los dedos para hacer un pastel de ostiones o introducir en el horno rollizo pavo aderezado con trufas—, clavó las azules pupilas en los ruines albergues, en los destartalados fonduchos y mesones de la ciudad, donde a regaña dientes se hospedaban los viajeros, y decidió, con muy buen acuerdo, abrir un hotel que fué más tarde famoso en los anales del *confort* laguense.

Llovió blanca en la escudilla, al decir de muchos. Y resultó que, a medida del curso de los años, el franchute pobre de ayer compró ranchos, y tras de ranchos, casas, y tras de casas, huertas; de modo y manera que, al quedar arruinado el negocio de transportes a lomo de mula o vuelta de rueda, con la aparición de la primer locomotora, el gordo y sanguíneo don Mauricio Saussay liquidó su negocio del hotel y dedicóse, en sana paz, a vivir de sus rentas.

Empleado suyo, el más querido, el de mayor confianza, había sido don Miguel Bringas. Don Mauricio se pirraba por él. Decía que hombre más ducho para los negocios, de conducta y

seriedad mejor calificadas, no nació en la mismísima Francia. Le protegió y le quiso como un padre. Al clausurar el hotel púsole una tienda de «abarrotés» para que desarrollara sus mercantiles arrestos. Y casi se murió de alegría cuando supo que Miguelito —quien se la había pegado entre ojo y oreja, pues que, sin que él lo sospechase, mantenía amorosos colloquios con Engracia— aspiraba a la mano de una de sus dos únicas hijas.

Y más tardara éste en pedírsela que el otro en dársela. Los casó. Les prometió tenerlos en buena cuenta en el testamento. Y es fama que Saussay, al guisar la comida de la boda, cocinó por la vez postrera en su vida, pues que meses más tarde caía fulminado por un tifus.

Que don Mauricio era rico, nadie lo ponía en tela de juicio. Sin embargo, como reza el proverbio —muy usado en Lagos—, más era el ruido que las nueces. Retirado de la sartén, el buen señor distraía sus nostalgias «savarinescas» metiéndole a los albures que era un contento. Y al marchar a reunirse con *Engriqueta*, su amadísima esposa ya difunta, legó a sus herederas algo así como cien talegas. No más. Doña Amelia se quedó con las casas, y doña Engracia con *El Naranjal*, finca de campo que, bien tasada, no bajaba de valer alrededor de cincuenta mil duros.

Tales pormenores los había sabido Julia Bringas por boca de su madre. Lo que ella vió, lo que le constaba, fué la vida de abnegación, de desinterés, de labor infatigable que doña Engracia consagró siempre a su marido. Para ella no existieron jamás fiestas ni paseos. No conoció el descanso. Levantábase con el alba y no cesaba de trajinar en el día. Había heredado de su padre la virtud francesa del ahorro. Era fuerte como el acero, con su ancha cara san-

guinea, con sus rubios cabellos en los que blanqueaban algunas canas, con sus manos toscas, que jamás gozaron del halago sedoso del guante.

Aunque las atenciones que demandaban la explotación de *El Naranjal* y el fomento de la tienda eran muchas, a don Miguel le pareció el campo de los negocios en Lagos sobrado estrecho para el total desenvolvimiento de sus mafias. Era hombre ambicioso, con ser rudo. Sus correrías como mayordomo de un tren de carros por media República habían ensanchado los horizontes de su acción futura. Se forjó un carácter en la existencia errante. Sus juveniles andanzas a lo largo de los caminos, por pueblos y ciudades, fueron escuela de energía y de valor. Haciendo frente hoy a una gavilla de bandoleros que bajo de bandera política encubrían instintos rapaces; dándose mañana, sin probar pan ni agua, a la tarea de sacar un carro del lodazal donde se había atascado hasta los topes; durmiendo por las noches en infectas posadas en las que menester era entablar combate con chinches y otras molestas alimañas, para compensar más tarde tan heroicos afanes en tabernas y mancebías urbanas, don Miguel Bringas llegó a ser de hierro. Mas, al amparo de sus dotes bien probadas de dominador, se incubó su codicia. Sólo ella pudo moverle—cuando el desarrollo de las vías férreas amenazaba dar golpe mortal al negocio de carros—a inmovilizarse en el despacho de Saussay, como tenedor de libros, a pesar de su condición trashumante.

Medio se apaciguó ésta con el matrimonio. En su mujer hallaba digno émulo. Los dos estaban tocados de la manía de acaparar riquezas. Y como él había corrido mundo y vivido la vida de otras tierras, de ahí que, pese a las

comodidades que le brindaba el lugarejo natal, ambición y deseo de andanzas se sumasen para arrancarle de él.

Y como lo pensó lo hizo. Corría el año de 1900 cuando Bringas se instaló en México con su familia, abriendo una casa de comisiones. Se dedicaba, principalmente, a traficar en semillas.

Jamás llegaría a borrarse de la mente de Julia aquel período de tiempo—a partir de la radicación en México, hasta el fallecimiento—en que su madre convirtió a la educación de la hija única todas sus amorosas energías. A falta de corral que atender, de peones que rayar y de leche que vender, doña Engracia—que en la metrópoli se encontraba, al modo que suele decirse, como perro en barrio ajeno—pensó en hacer de Julia no sólo una mujer de rudo trabajo, cual ella lo había sido, sino también bella suma de delicadezas intelectuales. Aunque rica, Julia fué al colegio y profesó la carrera de maestra. Sabía, además, tocar, y pintaba graciosamente. Era, por último, una lectora incansable.

Educada primero en un ambiente de laboriosidad, en el que faltaba campo para largas expansiones de ternura, y consagrada más tarde al estudio, Julia había crecido encerrada en sí misma. Era seria, casi huraña, de complexión débil. El amor revistió para ella, en sentido inverso, las proporciones de una catástrofe moral. Fué una revelación que descubría ante sus ojos un mundo desconocido. Más aún: fué una revelación de su propia alma que surgía, virgen y pujante, con un grande, con un imperioso deseo de amar.

Sólo la muerte de su madre pudo apartar a aquel espíritu de la contemplación extática de su pasión. Desenvolviase ésta vertiginosa-

mente en lo interno, sin asomar casi al exterior; pues que en gestos y palabras, hasta con su novio mismo; Julia continuaba siendo la muchacha mesurada, serena, un poco fría, que había sido siempre.

Cuando, sin lágrimas en los ojos, porque no podía, porque no sabía aún llorar; pero con un desgarramiento del ánimo que sólo su mirada enloquecida acertaba a traducir, vió Julia que se llevaban el féretro de la extinta, su amor pareció acallarse. Pensó que a su madre no la había querido bastante; que acaso por natural timidez jamás la envolvió, viviente, en el hábito inmenso de ternura que sentía dentro.—De ahí el voto de adorar su memoria y de unir con la del hombre a quien quería la religión hacia la desaparecida que, al escapar del mundo, tenía para la huérfana radiaciones magníficas de santa.

Todas estas cosas, y otras muchas más, se refrescaron en la mente de la doncella, después de la noche insomne, al darse cuenta de que no era vana fantasía lo que de boca de su padre escuchara, sino consumado dicho.

Encaminóse, pues, a la alcoba de don Miguel, segura de encontrarle despierto.

Era ésta la misma que, en vida, ocupó doña Engracia. Papá se peinaba en aquel momento ante el espejo del tocador. No bien la vió, díjole sonriente:

—¿Qué te trae por aquí tan temprano, hijita?

—Papá...

No pudo decir más. Una incapacidad enorme de hablar anudaba la voz a su garganta.—¿Era el tradicional respeto y la poca confianza que tenía a su padre, o quizás la propia gravedad del caso, lo que la paralizaba?—Julia no se había aproximado nunca a él con esa misteriosa aproximación del espíritu que acerca a las al-

mas más que la sangre. Su genio hurafío la había hecho siempre parca en caricias; para darlas, así como para recibirlas. El amor filial revestía en ella las apariencias de temeroso respeto.

La flaqueza que la sobrecogió hubo de ser contrastada, empero, por el valor que le infundía aquella alcoba en la que se creería flotaba aún el olor y aun no se había extinguido la voz de la desaparecida.—Y rompió a hablar...

Escuchóla, atento, su padre, mientras limpiaba, con ligera nerviosidad, los cristales de los lentes. No bien hubo concluído, tosió don Miguel, calóse éstos, y en el mismo tono que adoptaba con los clientes, cuando un negocio no le convenía, dijo:

—Te he oído, poniendo en ello toda mi atención. Es natural que tu amor de hija repugne con la determinación que ahora tomo... No es ella mala, sin embargo. Que mi nuevo matrimonio sea un desacato para la memoria de la difunta, sólo puede ocurrírsele a una hija buena y amorosa como tú. No por casarme borro el recuerdo sacratísimo de tu madre. Y como no hay leyes, ni divinas ni humanas, que lo impidan, justamente porque es un acto bueno, me sostengo en lo dicho y te prohibo severamente que vuelvas a hablarme del asunto... ¿Estamos? Cumpla cada cual con su deber... ¡y hemos acabado!

A medida que hablaba, una barrera infranqueable se iba alzando entre los dos. Cuando abandonó Julia, muda y taciturna, la estancia, comprendió que sólo una salvación le quedaba: su amor.

## VII

—Se acabó el ahijado, se acabó el compadrazgo... Es inútil que insistas, Julita... No me quedo; no puedo quedarme... Entrego lo que se me ha confiado, y a mi casa me voy; que mi casa, según decía mi abuela, es mi hogaza y mi revolcadero...

Así respondía aquella tarde doña Amelia a las reiteradas súplicas de su sobrina para que no la abandonara en el nuevo orden de cosas doméstico que de ahí a poco sobrevendría. La llegada del tren, que venía con retardo, anunciábase para las siete. Eran las seis, y sobrina y tía se habían reunido en la sala a charlar.

—¿Ni por mí lo harás, tía Amelia?

—Ni por ti, hija mía—declaró la señora, con su habitual seriedad, un tanto seca, que recordaba la que en vida había caracterizado a doña Engracia—. Además, ¡qué prurito el tuyo de suponer que te vas a quedar sola! Sigues teniendo a tu padre, ¡no faltaba más! Y en cuanto a la señora, es joven, agraciada, a lo que parece simpática de genio, y poco más o menos de la misma edad que tú. Ya verás cómo se entienden...

Julia nada respondió. Las manos sobre del pecho, permanecía con los ojos fijos en la alfombra. —La tía Amelia, dulcificándose, la atrajo a sí; la besó, y, conservando la juvenil diestra entre sus manos rugosas, le dijo:

—¡Y cuidadito con tristezas y tonterías, niña! Nada. Mucha prudencia. Muchos miramientos. Sobre todo con tu padre, que al fin y al cabo es tu padre. ¿Que hizo mal? No te toca

a ti juzgarlo. Allá él se las avenga como Dios le dé a entender.

—Tía... Es que, aunque tú digas lo contrario, estoy sola... En el mundo únicamente me quedas tú...

En la faz trigueña de la señora —nada tenía de Saussay, y era mexicana por los cuatro costados—, se dibujó una maliciosa sonrisa:

—¡Ah, mentirosilla, embustera! ¿Que sólo te quedo yo? Pues ¡y el otro! ¿A que no vas a sultarte conmigo en mi agujero de Lagos?

Sin contestar, Julia sonrió también.

—¿No lo decía yo, «indina», ingratora de mis pecados? ¡Eh!, ¿qué tal?... Sólo que... mira... te daré un consejo: dile a ese señorito que se dé prisa; que no «enchinche» tanto... Para miradas y suspiros, ya basta. Con un año es más que suficiente, y él lleva dos... ¡Conque llamar al cura, y no olvidarse de la tía, que ella no te olvidará ni en vida ni en muerte...!

Minutos después llegó Jorge. Ella tocaba entonces en el piano una linda miniatura de Borodin, y fingió no oír sus pisadas. El joven se acercó. Puso su mano en el débil hombro de la prometida, y le dijo:

—Julia, ¡buenas noches!

—Jorge, ¡eres tú! Vaya, siéntate, has de tener mucho que contarme. Nos sobra tiempo. De aquí a la estación no hay un paso y el tren llegará con retardo.

Jorge Bazán se encontraba aquella noche en crisis amorosa. Sucedió así, de ordinario, cuando, después de resbalar, deteníase en la pendiente, haciendo acto de contrición. Entonces la novia adquiría en su concepto proporciones de santa. La adoraba; ¡él, que en dos años hizo bien poco por merecerla! Y anhelos le embargaban de lavar la inmundicia interior, arrojándose en la pura mirada de aquellas pupilas

UNIVERSIDAD DE LEÓN  
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS  
"ALFONSO REYES"  
Fondo. 2023. MONTAÑESE, ALBAIG.

pensativas y en la suavidad de aquellas manos, largas y graciosas, que en el mundo sólo habían hecho cosas buenas.

Portaba un traje claro de casimir inglés; corbata azul. La aristocrática cabeza rubia tenía gallardías de seductora viveza. El bigote, más atusado que nunca, se arriscaba en la pálida faz con verdaderas provocaciones donjuanescas.

Rió de lo lindo, bromeó, contó chascarrillos; dijo un río de ternezas. Luego, poniéndose muy serio, como si se le ocurriera algo trascendental, preguntó a Julia, cogiendo sus manos y mirándola muy de cerca:

—¿Me quieres mucho, nena?

—¡Con toda mi alma; ahora más que nunca! — replicó la joven, con inusitada vehemencia que a él mismo le sorprendió.

Un carruaje se detuvo a la puerta. Escucháronse en el corredor gritos de doña Amelia: —«¡Miguel! ¡Miguel! ¡Pero, qué es esto? ¿Luego el tren no venía retardado?» — Y seguidamente penetraron en la sala el aludido, risueño y amable, enfundado en un gabán gris, y su mujer.

Plática general. Se daban y recibían excusas. Regresaba Sofía preciosa. La fatiga había puesto un leve matiz de sombra en torno a sus admirables ojos negros. De su persona toda se desprendía un pronunciado olor a fresas. Habló por los codos. No era la misma de antes. Al encogimiento del día de la boda substituíase amena franqueza; la más perfecta *aisance*. Con don Miguel era familiar y cariñosa, con un puntito, muy ligero, casi imperceptible, de cortedad. A los demás les trataba como si hiciera años que los hubiese conocido.

—Julia, te traigo una porción de cosas bonitas. ¡Ay! Unos «deshilados» que compramos en

Silao, «chulísimos»... Y a usted, Jorge, no le traigo nada. Mejor dicho, sí, algo; pero que no se lo daré hasta el día «esperado». Y juntando mano con mano, hizo un guiño expresivo.

Durante la cena se mostró no menos parlanchina y reidora. Don Miguel estaba embelesado. Jorge lanzaba carcajadas a más y mejor, advirtiendo con qué fina ironía su futura «suegra» desollaba a la sociedad laguense, criticando costumbres y trajes. Doña Amelia guardaba prudente silencio.

—De suerte es que— concluyó Bazán— no vuelve usted contenta del viaje...

—¡Oh, sí, cómo no! ¡Encantada! ¡Son tan buenas las gentes! ¡Y el campo, divino! ¡Lástima que ahora estuviera un poquito seco! En primavera debe de ser un paraíso... De todos modos, yo prefiero a México... ¡Aquí se vive, sí!—añadió, suspirando.

Al despedirse Jorge de su novia, en la puerta del zaguán, declaró:

—No es desagradable tu madrastra... Ya ves: te ha colmado de mimos. Tú y ella haréis muy buenas migas; estoy cierto.

A pesar de las instancias de don Miguel para que Sofía se entregara al reposo, quiso ella conocer la casa; darse cuenta, como gráficamente afirmaba, de la topografía del terreno.

Acompañada por doña Amelia, hubo de recorrerla, palmo a palmo. Le gustó el patio, con sus enredaderas y pulidas macetas que de seguro lucirían mucho en días de sol. El comedor no estaba mal; había abundancia de vajillas. Las «recámaras» eran confortables. En cuanto a la sala—y esto se guardó mucho de decirlo—, le olió a provincia, debido a los sillones tapiizados y anchotes, a las rinconeras del año del caldo y a los cortinajes pesados y chillantes.

Atravesaba el corredor, en dirección de su

alcoba, luego de haber despedido a doña Amelia en la suya, cuando tropezó con Julia.

—Julia, me simpatizas mucho—le dijo, besándola—. Tu papá me ha contado primores de ti. Seremos muy buenas amigas, ¿verdad?

### VIII

A fines de noviembre quiso doña Eduvigis celebrar el cumpleaños de Rosa María. Jamás, a decir verdad, había tenido tal ocurrencia. Si acaso, cuando la familia alcanzó algún respiro, después del fallecimiento del insigne puntal de la Gobernación, y posible fué distraer un par de pesos de las imperiosas exigencias del comer, del vestir y aun del pagar—por más que ésta no fué nunca para las Lavines una exigencia—, las fiestecillas caseras se hicieron para Sofía. Soñaba su madre con casarla, y no faltó escribiente de Ministerio u hortera presumido que fuera a «chocolatear» el día del santo de la niña. Pero ¡Rosa María!, Rosa María era un trasto. ¿Quién la había de querer a la pobre?

Sorpresa, pues, y no escasa, produjo en la cojita el ucase maternal. Se trataba de echar la casa por la ventana. Habría tamales y atole de leche—¡que tanto le gustaban a Sofía!—. Convidarían a Ruperto con toda su familia, a las Pombos, a Protasio Urdiales, a Jacinto Margil y a Cuenca, el de Correos. El festejo, necesariamente, tenía que ser digno de don Miguel y de los suyos.

—Pero, ¡mamá!—exclamaba Rosa María, en el colmo de la extrañeza—. ¿Piensas invitar al señor Bringas?

Doña Eduvigis frunció el ceño!

—¡El señor Bringas! ¿Y por qué le llamas así? Dile Miguel, con confianza... ¡Ni que se tratara del emperador de la China!

Todo el prurito de la estimable señora se concentraba ahora en igualar posiciones. Quería equiparar la suya propia con la novísima de su hija Sofía. Algo olierá de desdén en los Bringas para con el «tronco» de los Lavines. En largos dos meses que la primogénita tenía de casada, apenas si se dignó visitarla. En casa de don Miguel se la recibía con reservas. Y de las múltiples granjerías que se prometió sacar del nuevo estado de la niña, apenas si consiguió que ésta, a regaña dientes, le consiguiese con el bendito de su marido una pensión mensual de cincuenta pesos.

Cobró ella la primer mensualidad en la Caja del almacén con un gesto de reina ofendida. Y de los mismísimos cincuenta del águila salían ahora los gastos de la convivialidad. Diciendo «este macho es mi mula», habíase encariñado con la idea de la nivelación familiar.— ¡Y qué mejor, para lograrlo, que dar una fiestecita para que en ella se solazara Miguel, y se estableciese, entre las dos casas, la suspirada reciprocidad!—Doña Eduvigis era terca. Parece que entre sus ascendientes se contó algún aragonés. Tenía la viuda de Lavín la cabeza rellena de guano.

La casa entró en revolución desde la víspera de aquel domingo en que Rosa María cumplía veintidós inviernos. Trapazo aquí, fregoteo allá, y gritos y desbarajuste por todos lados, entre las tres mujeres—no hay que olvidar a la criada—volviéronla del revés, dejándola, en opinión de la antigua consorte del alto funcionario, «como una tacita de plata».— «¡Se me figura estar en una sala del Ministerio de Go-